

EL CONDE DEL VENADITO: MARINO, DIPLOMÁTICO, VIRREY

Desde la España vieja a la Nueva España, pasando por Inglaterra

José CERVERA PERY
Director de la Revista de Historia Naval

A Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito y capitán general de la Armada, puede estudiársele desde distintas perspectivas en la seguridad de no salir defraudado de ninguna de ellas.

Como marino, porque lo es de profesión y oficio, con una hoja de servicios escalofriante —valga el término— que comporta la imagen del hombre de acción disciplinado y valiente, buen navegante y excelente científico de probada experiencia.

Como diplomático, porque une a sus dotes de negociador innato, un talante clarividente de estadista, y embajador en Londres y autor de un tratado de paz con Inglaterra de fructíferos efectos.

Como administrador real, pues desempeña el Virreinato de Nueva España (Méjico) en tiempos difíciles con las campañas de la independencia en son de rebato, sin que le haga temblar el pulso o empañar su visión el aluvión político que se le viene encima. Será sin embargo un Virrey controvertido, porque controvertido es el entorno en que su acción se desenvuelve. Una crítica seria y serena de su proyección virreinal tal vez enfriara los ánimos de sus apologistas, pero no habría de añadir ninguna satisfacción o goce en sus detractores. Ya lo dijo acertadamente Ortega; el hombre *es* también su circunstancia.

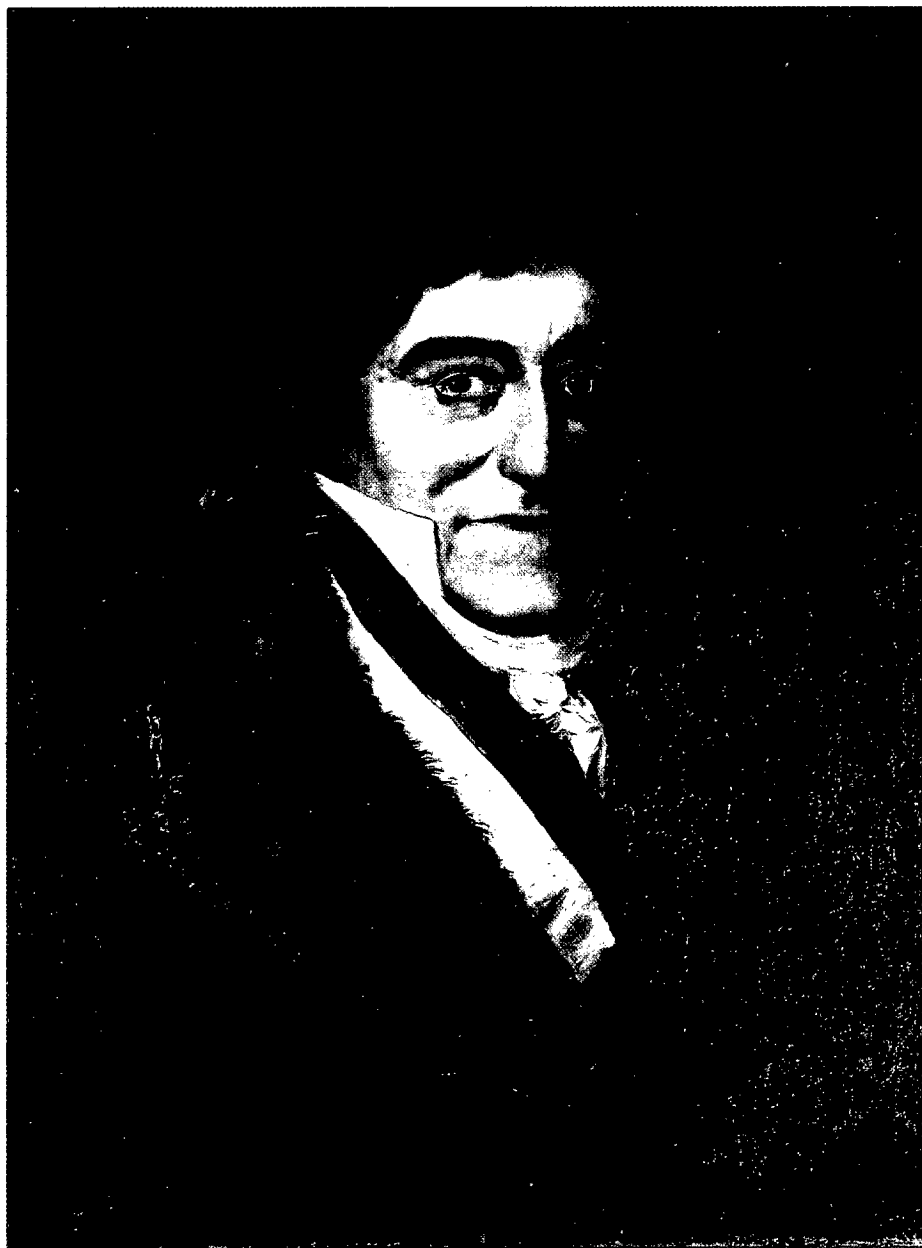
Un inciso de situación: El plantel de marinos gaditanos o de su provincia desplegados a través de la sugestiva y admirable cartografía de la segunda mitad del siglo XVIII o primera del XIX es brillantísimo (antes o después también). Basta sólo repasar las inscripciones lapidarias de los que reposan en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando, o releer algunas de las biografías de las antiguas revistas o cronicones de la Armada. Nombres como los del jefe de Escuadra Angel Laborde, objeto también de un magnífico estudio en esta misma Revista —de quien sus biógrafos han dicho *que no hubo operación importante en mar o tierra a lo largo de su vida en la que no se encontrara*. Del almirante Andrés del Pes, gobernador del Consejo de Indias y primer ministro de Marina con Felipe V. De Juan José de Varela Ulloa, a quien la majestad de Carlos III pudo muy bien investir como *veedor* de Guinea, como comandante del bergantín *Soledad*, buque insignia de la expedición del Conde de Argejejos, donde también figuran los oficiales gaditanos Carbonell y Grandallana. Nombres que llevan consustanciales una fe de bautismo gadi-

tana, bien de la capital, bien trascendida más allá de la Cortadura y el río Arillo hasta entroncar con recuerdos salobres de la isla y los puertos, vinateros de Jerez y Chiclana y cortijeros de las tierras altas de Medina o de Arcos. Son los Winthuysen, Geraldino, Herrera, Carranza, Riquelme, Córdova, Villavicencio, Butrón, Bustillo, Malcampo, Cervera, Pujazón, Lobo... A esta brillante nómina gaditana, uniré su nombre Juan Ruiz de Apodaca, —Apodaca en el laconismo del término castrense— exponente vivo y cabal de una generación, que honrando a la patria grande, a una y otra orilla del Atlántico enalteció igualmente los cuarteles y blasones de la patria chica.

Hay que partir del marino, para a través del diplomático llegar al virrey; o dicho sin eufemismos; encarar la trayectoria de Apodaca desde su triple dimensión, profesional, científica y política, situada en este último contexto en el marco de la América española —Cuba, Costa Firme y Méjico— en cuya proyección virreinal ha de basarse este estudio.

El marino nace en Cádiz el 3 de febrero de 1754, en el seno de una distinguida familia, ya acrisolada en la tradición marina pues es el tercero de los hermanos que alcanzará un elevado puesto en la Armada. A los trece años ya está el joven Juan sirviendo en ella, recibiendo su bautismo de mar y fuego en el navío *San Lorenzo*, en combate contra los argelinos. Ascendido a alférez de fragata a los dieciocho años y a alférez de navío dos años más tarde, ya cubre su primera etapa ultramarina en Perú en trabajos de hidrografía y salvamentos. Vuelto a España en 1778 y declarada la guerra a Inglaterra, el teniente de navío Ruiz de Apodaca *desempeña diversas comisiones a completa satisfacción* según puede leerse en su hoja de servicios. Promovido en 1781 a capitán de fragata con sólo veintisiete años obtiene el mando de la *Asunción* perteneciente a la escuadra de Luis de Córdova, cruzando por el océano y tomando parte después en el bloqueo de Gibraltar dirigido por el ilustre Barceló. A bordo siempre, vigiló la aproximación de la escuadra de socorro de Gibraltar de Lord Howe, distinguiéndose en el combate de 1782. Al año siguiente fue incorporado a la escuadra combinada del Conde de Estaing que se alistaba en Cádiz para una expedición de ataque, pero firmada la paz cambió su vitola de combatiente por la de portador de buenas nuevas, pues fue el encargado de llevar a Filipinas las noticias del feliz suceso *lo que realizó en un rápido viaje* —volvemos a leer en su hoja de servicios— *que llamó justamente la atención de los profesionales*.

Seguimos con el marino: capitán de navío a los treinta y tres años, manda el navío *San Francisco de Paula* incorporado a la escuadra de Juan Joaquín Moreno, con la que asistió a la ocupación, sitio y evacuación de Tolón. Son ya los tiempos de la revolución francesa que tan importante secuela política y sociológica habrá de dejar en Europa y América, futuro escenario de sus actividades. De brigadier, está presente en el sitio de Rosas por los franceses y su defensa por las escuadras de Lángara y Gravina, pasando a ser capitán de Banderas de este último, hasta que firmada la paz con Francia se le ordenó desembarcar sin pedirlo, y atender al restablecimiento de su salud en bastante mal estado tras los duros tiempos de navegación constante e ininterrumpida.



Juan Ruiz de Apodaca y Eliza, Conde del Venadito. Retrato atribuido a Esquivel. (Museo Naval de Madrid.)

Un pequenísimo paréntesis en tierra, destinado en la jefatura del Arsenal de La Carraca, y nuevamente a la mar que es lo suyo, con el mando del *San Agustín* reanudaba la guerra contra Gran Bretaña. Los bandazos de la política de la época, son así de inconsecuentes. Lucha contra la escuadra del almirante Jervis, y más tarde contra la División del comodoro Hood. La energía de Apodaca —dice uno de sus biógrafos— esta vez fondeado en Vigo, y las medidas que tomó aprestándose a la defensa salvaronlo todo, pues el enemigo comprendió lo cara que le saldría la empresa y abandonó el puerto siendo perseguido por las fuerzas sutiles que habilitó; las cuales represaron un bergantín que los ingleses se llevaban.

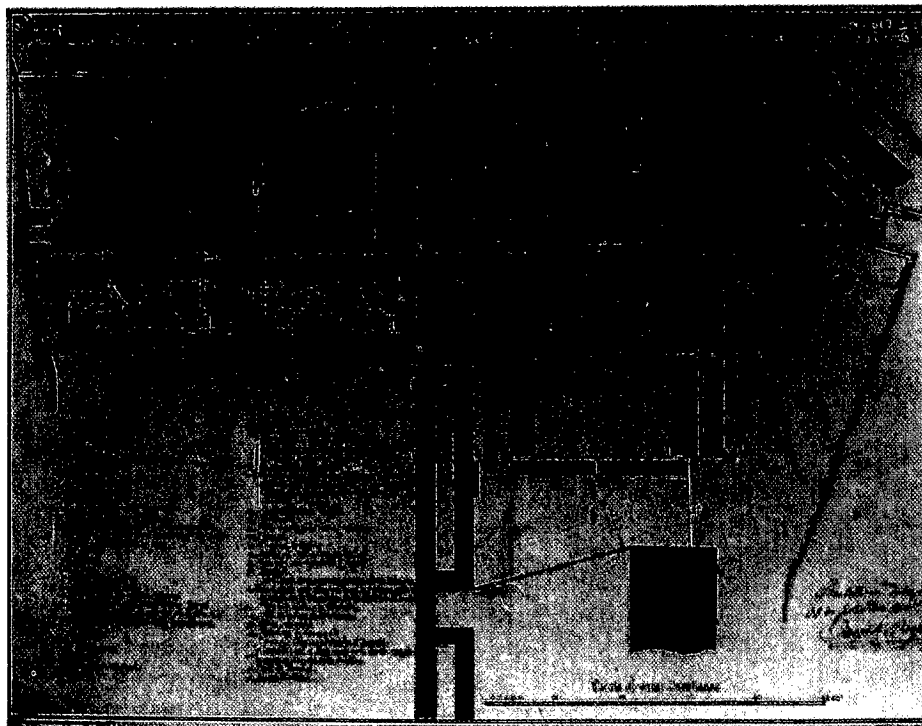
Nueva paz con los ingleses en 1802 y nuevas vísperas de guerra, pues sólo tres años más tarde vendrá *lo de Trafalgar*. Apodaca ya es jefe de escuadra y comandante general del Arsenal de La Carraca cuyo cargo sirve cuatro años entre 1803 y 1807 y en una época digna de tener en cuenta pues proyecta, decide, reconstruye y ahorra. Palabras de muy difícil aplicación en la época. Habilita y apresta navíos para salir a la mar y tras el desastre de Trafalgar —a su pesar en tierra— se multiplica en la labor de salvamento de buques y pertrechos... Pero la mar está ahí de nuevo... comandante general de la Escuadra del Océano en 1807 arbola su insignia en el *Princesa de Asturias* y es en estos días en que la patria vibra por la invasión napoleónica y en los que Cádiz adquirirá un protagonismo del más heroico alcance cuando realiza la famosa hazaña del apresamiento de la Escuadra del almirante francés Rosilly, de la que hace un cumplido relato el historiador Fernández Duro en el último tomo de su monumental *Armada española*. Sin hacer de menos a D. Cesáreo, yo voy a tomar una frase de un historiador gaditano. *La valerosa y activa conducta de Apodaca* —dice Adolfo de Castro— *en esta ocasión está por encima de todo elogio; bastando decir que en todas partes se halló y que las consecuencias de esta rendición fueron tan enormes que por ella se alcanzó el triunfo de Bailén, al hallarse los franceses faltos del apoyo que hubiera podido darles su escuadra.*

El diplomático entra ahora en función. Relevado en el mando en el que tanto había sobresalido pasó a Londres con el general Adrián Jácome para realizar importantes comisiones de Estado, entre ellas la negociación de un Tratado de paz, amistad y alianza con Inglaterra en la que intervino con el carácter de Ministro Plenipotenciario y enviado extraordinario. Mauricio Torra-Balari y Llavallol ha estudiado con rigor y detalle este aspecto poco conocido de la trayectoria histórica de don Juan. *Mientras el enviado inglés Sir Charles Stuart* —escribe— *navega rumbo a La Coruña, no con menor lentitud hacían lo propio los enviados extraordinarios de Sevilla llegando el 14 de julio a Inglaterra. Bullían allí, pedigüenos los diputados de las Juntas de Asturias y Galicia, pero la alta jerarquía militar de Jácome y Apodaca, y el renombre que el almirante justamente adquiriera por la victoria sobre Rosilly, dábales una indiscutible preeminencia, robusteciendo las pretensiones de los sevillanos de que se reconociera su Junta por suprema.* Canning, guiado por su entusiasmo y por recordar quizá aquellas proféticas palabras de Pitt de que sólo

una guerra de pueblos contra Bonaparte podía salvar a Europa y que esta guerra empezaría en España secundó y apoyó la misión del almirante. Obtiene Apodaca que se levante el embargo que pesaba sobre los fondos nacionales, que pone a disposición del Gobierno y logra dinero y medios para favorecer la evasión de las tropas del Marqués de la Romana, distraídas en Dinamarca por las malas artes de Napoleón y cuyas peripecias de regreso son dignas de la más emocionante novela de aventuras.

Tres difíciles años desempeñó Apodaca —ya ascendido a teniente general— la Embajada de España en Londres, y durante dicho tiempo fueron incalculables los servicios que prestó a la causa española y las acertadas gestiones mediante las cuales contribuyó poderosamente a concertar todas las naciones europeas junto a Inglaterra formando un fuerte bloque contra Napoleón. Tal vez, como sugiere Carlos Seco, si hubiese sido nuestro representante en el Congreso de Viena y no el débil Gómez Labrador, otros papeles nos hubieran correspondido en aquel tablado de tantas intrigas, composiciones... y arbitrariedades.

Pero ya está el marino de nuevo en liza, en la etapa más importante de su vida y en la antesala de la administración real. De regreso a Cádiz en febrero de 1812 fue nombrado de inmediato capitán general de la isla de Cuba y de las



Plano del Arsenal de La Carraca realizado por Honorato Bouyon en julio de 1804. (Sección de Cartografía. Museo Naval de Madrid.)

dos Floridas, así como comandante general del Apostadero de aquellos mares, Costa Firme y Méjico, añadiéndosele aún la presidencia de la Audiencia de La Habana. Todo un mosaico de *pluriempleo* con más exigencias que retribuciones. La labor pacificadora y prudente de Apodaca en momentos en que la efervescencia insurreccional en límites cercanos comienza a ser notoria, no pudo ser más eficaz y oportuna. A ella sumó un gran empeño en desarrollar aquellas parcelas del ultramar español en todos los ramos de la riqueza pública, saneando todos los edificios de beneficencia a los que dotó de agua, de toda clase de adelantos, atendiendo al embellecimiento de las poblaciones, a su ordenación urbana, a la seguridad de las naves mercantes y al desarrollo de la industria y el comercio en sus aspectos esenciales. Pero su prudencia y dotes de gobierno —seguimos con Adolfo de Castro— brillaron con singular esplendor en dos ocasiones de suma dificultad dado el estado de ánimos. Una de ellas fue cuando Fernando VII mandó anular la Constitución y otra cuando se dispuso a cerrar el puerto de La Habana a los extranjeros, lo que equivalía a cegar las fuentes principales de riqueza de esta población. Usando de las facultades que tenía, suspedió esta orden e hizo al rey una representación de tal naturaleza que dio lugar a que se revocaran los decretos. El consulado y el comercio de La Habana —valga la anécdota— le quiso hacer un donativo de dos millones de reales como prueba de gratitud. La ingenua predisposición de la oferta —no cabía por su nobleza hablar de cohecho— fue rechazada cariñosamente por el benefactor, que declaraba estar *suficientemente recompensado con haber cumplido con su deber y que su único deseo era el que guardaran fiel memoria de su persona*. Y a fe que hasta muy pocos años ha debido ser así, ya que una calle de La Habana llevaba su nombre.

En enero de 1816, satisfecho el Rey de los servicios del marino-diplomático en las tareas de administración lo nombra Virrey de Nueva España. Va a culminar con ello la trayectoria político-militar de nuestro personaje, pero habrá que sortear en ello peligrosos escollos y duros temporales. En muchos aspectos el virreinato no será el almirantazgo, ni la embajada, aunque el hombre de ambos puestos, mantenga idénticas constantes funcionales. Disciplina y esfuerzo; patriotismo y hombría de bien.

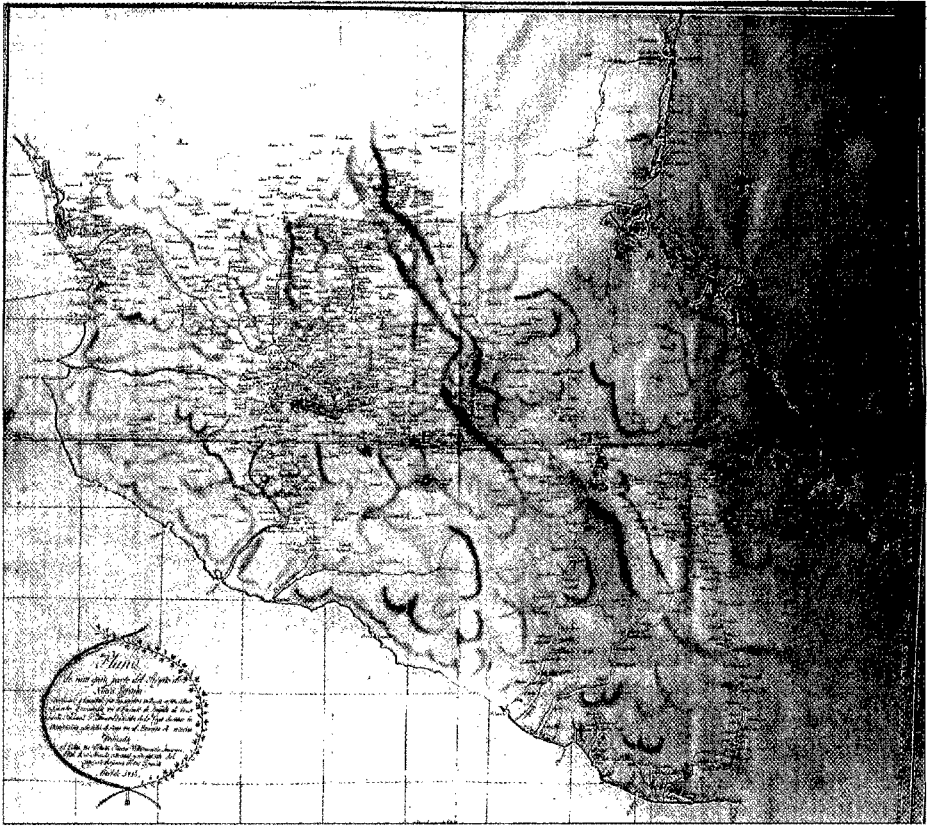
El Virrey —Institución— ha escrito Hernández Sánchez-Barba, era el centro natural del funcionalismo administrativo del virreinato. Sus facultades que en principio eran amplias fueron limitándose poco a poco hasta que con la creación de los intendentes —nueva e interesante figura colonial típicamente borbónica y que también influiría de modo radical en la conciencia criolla, se redujeron a tal extremo que prácticamente se someten a su poder. Añádase a ello las inspecciones efectuadas por los visitadores enviados por el Gobierno central en menoscabo de los funcionarios de la Audiencia, y las interferencias de cabildos y municipalidades, para crear un panorama de confusión y desconcierto en el ámbito de la Administración. Y sobre todo ello, el proceso de emancipación de Hispano-América, indetenible ya que habrá de jugar un protagonismo de primera fila. Tales condicionantes influirán muy de cerca en la gestión de Apodaca.

La revolución de Méjico o Nueva España cuando llega el nuevo Virrey está en auge y es recibido a tiro limpio al desembarcar en Veracruz. La insurrección tiene la particularidad de contar con unos marcados arraigos populares y no está basada en el criollismo aristocrático de movimientos análogos. Como ha escrito Fernández Duro, españoles e hijos de españoles nacidos en Europa hubo desde el principio en el campo de la secesión, mientras que españoles criollos o naturales del nuevo continente lidiaron hasta el fin contra el intento de emancipación. La guerra de la independencia mejicana nacerá pues como guerra civil, trasplantada desde las orillas patrias. Buena fe, ingenuidad, confusionismo y más tarde anarquía o pugna de intereses contradictorios, condicionarán su imagen a distintas perspectivas de las inicialmente proyectadas.

La revolución de Méjico también se hace a nombre de Fernando VII, pero su característica más acusada es que quienes la inician son sacerdotes, que a estilo de nuestros curas guerrilleros decimonónicos, están más prestos a cambiar la estola por la espada, que a ejercer su ministerio sobre las almas. Cura titular del pueblo de Dolores era D. Miguel Hidalgo, caudillo de la rebelión triunfante en Guanajato en septiembre de 1810 bajo la invocación de la Virgen de Guadalupe y del Rey Fernando, y propagada con una rapidez irrefrenable, en base a una adhesión incontenible. *Durante unas horas* —escribe el obispo Clement Kelly—, *Hidalgo fue el caudillo. Más tarde sería el acaudillado*, y es que efectivamente la masa lo desbordó. Los actos de crueldad y de anarquía se sucedieron, pero el Virrey Venegas, llegado a Méjico un día antes del estallido revolucionario, y más directamente el brigadier Calleja —después sucesor de este— lo vencieron en el llamado puente de Calderón. Combate digno de Cortés —se ha dicho— en el cual la técnica militar triunfó sobre el número y la fuerza desorganizada.

A comienzos del siglo XIX —escribe José Ramón Alonso en su importante *Historia política del Ejército español*— las fuerzas armadas de Nueva España contaban con 6.150 de tropas regulares; 11.360 de milicias provinciales; 1.059 de milicia urbana; 7.103 de milicia de costa y un número indeterminado de sustitutos, aunque según el barón de Humboldt no existía verdadero espíritu militar y sólo la vanidad de un pequeño número de familias cuyos jefes aspiraban a títulos de coronel y brigadier. No podía decirse lo mismo de las tropas regulares cuyos jefes eran profesionales del Ejército o Armada, como Emparán, Calleja y más tarde Iturbide, a quien el conflicto sorprende de simple subteniente. La guerra iniciada en 1810 puso en crisis las instituciones mejicanas y el país, con su virrey al frente, estaría desde entonces dirigido y gobernado por el ejército. Hasta 1815 duró la sublevación de Morelos, otro cura guerrillero como Hígalgo, pero de más acierto en su función política, que perseguido por Iturbide, Terán y Calleja fue también vendido, hecho prisionero y fusilado.

Señala Pereyra en su *Breve historia de América* que a la llegada de Apodaca el virreinato estaba militarmente más fuerte que antes de 1810 y moralmente se veía menos amagado por la propaganda sediciosa. Los criollos



Plano de una parte del Reino de Nueva España de 1813. (Sección de Cartografía. Museo Naval de Madrid.)

habían salido muy quebrantados de los cinco años de perturbación anárquica y tenían poca fe en la formación de un gobierno independiente. Pero la pacificación no fue tarea fácil. Apodaca tuvo que organizarlo todo poniendo mano en la desordenada Hacienda, buscando recursos para el pago del ejército, reclutando gente de confianza y restableciendo vías de comunicaciones y ofreciendo un amplio perdón a los rebeldes que depusieran sus armas. Esta energía y clemencia bien combinadas contribuyeron a la tranquilidad del territorio turbado nuevamente por el desembarco del antiguo guerrillero español Francisco Javier Mina (Mina el joven), que al frente de una llamada *expedición libertadora* realizó una campaña falta de apoyo y de cooperación popular. Batido por el virrey y sus fuerzas, Mina fue apresado en la hacienda del Venadito y fusilado casi de inmediato. José Ramón Alonso afirma que esta expedición pertenece más que al ámbito de la historia al de la psiquiatría. Lo cierto es que el antiguo héroe de la independencia española, extraviado en un

liberalismo que ni siquiera entendía, no merecía un destino tan inmisericorde. Pero son las duras exigencias de la guerra.

La revolución liberal de España de 1820 produjo un efecto inmediato semejante a los acontecimientos de 1808. Los partidarios del régimen absolutista propugnaban que no siendo libre el Rey de España, Méjico debía continuar con la legislación antigua con el virrey como jefe sin sujeción a las autoridades creadas en la península. Apodaca, mentalidad liberal al fin, aunque con el contrapeso de la reciente concesión del Condado del Venadito otorgado por el Rey Fernando, se mantuvo a la expectativa, pero acabó restableciendo la constitución doceañista gaditana. Ello, paradoja del destino, habría de colocarlo en una muy difícil postura. Los militares de Nueva España no se sintieron felices con la restauración del constitucionalismo. Querían ir más lejos y más deprisa... Y comenzaron a conspirar de nuevo. Van a ser los momentos estelares de Iturbide, criollo de la Valladolid michoacana y coronel del Ejército virreinal; del abrazo de Acatempan con el rebelde Guerrero; del plan de Iguala con la declaración de independencia absoluta del país. Pero es una declaración descafeinada porque expresa su pensamiento político en notable exposición a los supremos poderes de España, pidiendo hasta un rey de *la casa del gran Fernando*. No fue suya la culpa si los diputados liberales de España demostraron falta de sentido político rechazando un movimiento generoso de fraternidad.

Y entre tanto, ¿qué es de Apodaca? ¿Qué hace y cómo actúa el flamante Conde del Venadito, todavía virrey en ejercicio de la Nueva España? Son los momentos amargos de la renuncia y la desesperanza. Por todas partes fue encontrando abandono y soledad —dirá el general Pavía, uno de sus biógrafos— hasta que al final un grupo de oficiales criollos le obligan a firmar su dimisión. ¿Decisión acertada? ¿Injusta? Todavía historiadores de la vieja España o de la nueva América no han encontrado el punto medio de reflexión. Pero fuera como fuese una larga estela de logros y realizaciones avalan la conducta de un hombre de honor que además fue marino y gaditano.

Cuando llega su relevo, D. Juan O'Donojú, que ya no es el último virrey, sino un extraño jefe político superior, todo está consumado. Cada nuevo intento de reconquista es un descalabro, y aún se pensó en Apodaca para un nuevo empeño, porque América —como en exceso de pasión ha escrito Germán Arceniegas— *ya no es tierra para la servidumbre, sino antorcha viva de libertad*. Solamente la gloriosa supervivencia del Castillo de San Juan de Ulúa dará testimonio de la presencia española durante algún tiempo.

El regreso de Apodaca a España no habría de ser por la puerta grande, como desde Inglaterra o desde Cuba, pero si se le permite continuar con el símil taurino, tampoco habría de entrar por el desolladero. Después de una corta estancia en La Habana de sus amores, desde donde gustaba asomarse al Morro, quizá con la vista perdida en un lejano y añorado Cádiz, llegó a Madrid donde informó al Rey cumplidamente de su gestión, habiéndosele ofrecido nuevos cargos, que no aceptó por su delicado estado de salud. Al fin, en 1824 fue designado para el Virreinato de Navarra, que ejerció durante dos

años. Más tarde consejero de estado y consejero diplomático del Rey. Y en mayo de 1830, a cinco años de su muerte, fue elevado a la suprema dignidad de capitán general de la Armada y director nato de la misma. La Marina, que alentó su orto entusiasta y arrollador con una imagen patria agrandada en sus pupilas, iba a estar presente también en su sereno ocaso a los ochenta y un años de edad y sesenta y ocho de dilatados servicios. Ahora, en el Panteón de Marinos Ilustres, muy cerca de su ciudad, espera el glorioso día de la resurrección, y un barco de nuestra Armada pasea desde Puntales, en puertos propios o extraños, el título con que el Rey tuvo a bien honrarle: Conde del Venadito, al que bien pudiera añadirsele, marino, diplomático y virrey...